

GANADORA AUTONÓMICA



EXTREMADURA

Teresa Gómez – Colegio Sagrada Familia

En aquel tiempo siempre estaba moviéndome, dijo el abuelo Pedro sentado en el sofá del salón de su camarote.

Cada mañana me levantaba con el canto del gallo y correteaba por el campo de un lado a otro llevando a pastar el rebaño a lo alto del monte.

Conocía cada palmo de aquella tierra como si de mi propia casa se tratara. Allí se respiraba un aire más puro que en cualquier otro sitio, se oía el cantar de los pájaros y había una gran calma.

Yo por aquel entonces tenía 12 años. Estábamos en 1940. La guerra civil acababa de terminar y eran tiempos difíciles.

La gente pasaba mucha necesidad, apenas tenían algo que llevarse a la boca, pero nosotros no vivíamos demasiado mal.

Papá tenía un huerto donde cultivaba hortalizas y legumbres que después vendía en el mercado.

Mi madre era ama de casa y mi hermano pequeño y yo cuidábamos el rebaño de los Mendoza, una familia acomodada del pueblo.

Pero después las cosas cambiaron. Padre murió y mi hermano y yo recibimos una noticia:

Iríamos a vivir a Buenos Aires con nuestro tío Federico. Había ido allí hace varios años y había amasado una fortuna. No era un hombre avaricioso, simplemente un trabajador nato.

Mi tío amaba el mar, era muy supersticioso y su única y más preciada posesión era su barco, el “Estrella Polar”.

Le gustaba salir a navegar cada noche y observar las estrellas. Había viajado a muchas partes del mundo para completar su colección de objetos de navegación.

Su barco estaba lleno de ellos, todos muy extraños y de distintas épocas. Había brújulas, mapas, astrolabios...

Yo todas las tardes solía observar su colección, compuesta por instrumentos de la época de los vikingos, los corsarios y piratas ingleses, los buques de guerra, cuadernos de navegación, etc.

Había uno que a mí me llamaba especialmente la atención. Era un anillo dorado con unos extraños símbolos grabados. Según la leyenda, aquella joya había pertenecido al pirata Barbanegra y a la persona que lo llevase puesto durante una noche de luna llena le ocurrirían cosas maravillosas.

Probablemente era verdad, puesto que mi tío era un importante astrónomo y coleccionista, y Barbanegra había sido un célebre pirata, de los más temidos en los siete mares.

La noche del 17 de julio era de luna llena. Me puse el anillo y salí con mi tío a navegar. Pasaron las horas y nada ocurría, así que a las cuatro de la mañana, cansado, me fui a dormir.

Sentí un cosquilleo en el estómago. Me levanté y me miré al espejo. Me había convertido en un hombre muy mayor de repente. Salí a la cubierta del barco y sentí el aire azotar mi cara.

Pero aquel no era el barco de mi tío. Era un gran barco de vapor del que yo era el capitán, y tenía una mujer y dos hijas.

También tenía un pequeño nietecito que se parecía mucho a ti. De hecho, creo que eras tú.

Al día siguiente desperté en mi cama y, apenado, comprendí que todo había sido un sueño.

Me miré la mano y comprobé que aún llevaba puesto el anillo. ¡Era todo una leyenda!, me dije. ¡Todo era mentira!

Pasé toda mi vida pensando en aquello. Pensé que algo mágico sucedería y me llevé una decepción.

Pero ahora comprendo que aquel anillo mágico me enseñó mi futuro.

Aquella mujer era tu abuela, aquellas dos señoras eran tu madre y tu tía, el niño eras tú y el gran barco de vapor era el barco en el que ahora estamos. El "Estrella Polar II", llamado así en honor al de mi tío Federico, el barco en el que pasé los mejores años de mi adolescencia.